

## Europa y Occidente: disfraces del poder

Por *Hernán TABOADA\**

### 1. Introducción

MUY POCOS PERCIBEN la división del mundo en continentes como algo más que una realidad geográfica cuya evidencia emana con toda naturalidad de condiciones físicas. No abundan los cuestionamientos de esta propuesta ingenua, aunque alguno se hizo oír —nada extraordinario— cuando apenas empezaba a ser esbozada, y en un documento bastante obvio, las *Historias* de Heródoto (iv: 45), quien se manifestaba sorprendido de que la tierra, “siendo una”, hubiera recibido tres distintos nombres.

Hay que agregar que el historiador de Halicarnaso se extrañaba ante una división que sólo muy posteriormente alcanzaría popularidad: los geógrafos grecorromanos prefirieron una partición de la ecumene en “zonas” o “climas”. Tampoco para los letrados de la Europa medieval, y mucho menos para el vulgo ignorante, los continentes y sus nombres fueron un dato básico, sino que alternaron con otras clasificaciones y en confusa mezcla con nociones teológicas y populares. Muy poco aparecen en las obras geográficas del Islam clásico.<sup>1</sup> El éxito de los continentes se dio en época moderna, a partir del siglo xv.

Si repasamos mentalmente la división, comprobamos que no es sólo una convención geográfica, sino también un poderoso estímulo del eurocentrismo al reservar para Europa un lugar aparte que ni el tamaño ni la geografía física ni la diversidad cultural ni la historia le conceden.<sup>2</sup> Además, constituye una cómoda base para la clasificación simbólica de la humanidad en caracteres hondamente marcados: el Asia despótica, el África salvaje y la Europa de hombres libres, para

\* Editor de *Cuadernos Americanos*, UNAM. E-mail: <haroldo@servidor.unam.mx>.

<sup>1</sup> La bibliografía de referencia es enorme, me limito a mencionar Oliver Thomson, *History of ancient geography* (1948), Nueva York, Biblo and Tannen, 1965; C. Raymond Beazley, *The dawn of modern geography*, Oxford, Clarendon Press, 1897-1906; André Miquel, *La géographie humaine du monde musulman jusqu'au milieu du 11e siècle*, Paris-La Haya, Mouton, 1975.

<sup>2</sup> Marshall G. S. Hodgson, “In the center of the map: nations see themselves as the hub of history” (1956), en *Rethinking world history: essays on Europe, Islam, and world history*, edited, with an introduction and conclusion by Edmund Burke III, Cambridge University Press, 1993, pp. 29-34.

quedamos en los tres términos que Heródoto conoció y en una de las muchas caracterizaciones. La ilustración más directa de tal simbolismo lo tenemos en la iconografía de las partes del mundo, que tuvo en Cesare Ripa (1560-1623) un maestro.

En nuestra época, tan dada a desconstruir las nociones heredadas, por fin se ha recogido la pregunta de Heródoto y se ha venido ahondando en la historia intelectual de la clasificación.<sup>3</sup> La asunción de América como “cuarta parte del mundo” ha sido objeto de atención desde los ensayos de Edmundo O’Gorman (1958), y en los últimos tiempos han aparecido estudios que enfatizan la construcción cultural de África y de Asia por obra de los europeos, sin faltar un abundante ejercicio para la misma idea de Europa.<sup>4</sup> Es sobre tal base que quiero destacar en estas líneas la dimensión de artefacto ideológico en esta construcción y en sus sucedáneos.

## 2. Europa y las alteridades externas

SIENDO una entidad cuya existencia no se discute, la reflexión sobre Europa ha consistido en el rastreo de sus caracteres definidores: las constantes geológicas, geográficas y hasta espirituales o, por el lado de la historia, los antecedentes grecorromanos y la formación medieval. Los primeros rastreos ya a simple vista prometen poco;<sup>5</sup> el segundo se enreda en las construcciones ideológicas que han permitido que el mundo clásico fuera hecho a imagen y semejanza de la Europa moderna y ésta a su vez a imagen y semejanza del mundo clásico.<sup>6</sup> La tercera búsqueda en cambio nos allega algún resultado.

<sup>3</sup> Martin B. Lewis & Kären E. Wigen, *The myth of the continents*, 1997, libro que sólo conozco a través de la discusión entablada en el *Journal of World History*, vol. 10 (1999) y 11 (2000).

<sup>4</sup> Hay ya varios títulos sobre el tema. véanse Heinz Gollwitzer, “Zur Wortgeschichte und Sinndeutung von Europa”, *Saeculum*, Bd. 2 (1951), pp. 161-172; Denys Hay, *Europe the emergence of an idea* (1955), Nueva York, Harper & Row, 1967; Bernard Voyenne, *Historia de la idea de Europa*, Barcelona, Labor, 1966; Federico Chabod, *Historia de la idea de Europa*, Madrid, Universidad Complutense, 1992; Pim den Boer, Peter Bugge & Ole Waever, *The history of the idea of Europe*, Londres & Nueva York, Routledge & The Open University, 1993. Estos escritos me han suministrado las referencias y reflexiones de partida.

<sup>5</sup> Entre las varias caracterizaciones esencialistas me parece destacable la que esbozó el suizo Gonzaga de Reynold, quien se preguntaba si Europa no sería “el continente del espíritu” (citado en Voyenne, *Historia de la idea de Europa* [n. 4], p. 18); lo curioso es que esto fue escrito en 1941.

<sup>6</sup> Véase mi artículo “Los gemelos hijos de Grecia”, *Textos* (Culiacán), 4 (2001), pp. 167-178.

Entrando en ella, mucho nos ayuda quien esbozó la historia de la fijación y la consolidación simbólica del nombre mismo de Europa, Denys Hay.<sup>7</sup> Este autor nos señala el camino que el término recorrió desde sus inicios: simple designación geográfica local para el pseudohomérico *Himno a Apolo*, fue extendiéndose a tierras “europeas” al occidente de Grecia hasta conformar el sentido que le dio Heródoto. Sin embargo, ni griegos ni romanos la entendieron más que como una concepción espacial, con excepciones como la de Isócrates, que identificó a Europa con Grecia y a Asia con Persia. Tampoco a lo largo de la Edad Media el nombre aparece con frecuencia, y cuando lo hace es en sentido geográfico. Sólo en el siglo XIII notamos un cambio (Mateo de París, Dante) que se consolida en los siglos XIV y XV, por el cual *Europa* pasa a adquirir un sentido civilizacional, convirtiéndose en sinónimo frecuente del término hasta entonces dominante y prestigioso de *Cristiandad*.

Para explicar esta catalización final de la idea se ha dicho que fue determinante el encuentro de Europa con la alteridad, y se nos apunta el origen asiático de la misma, mencionándose el avance turco y las actividades europeas en el Índico; dos factores sobre los que se puede abundar.

En cuanto al primero, Eneas Silvio Piccolomini (1405-1464), convertido en papa con el nombre de Pío II (1458-1464), usó abundantemente en sus escritos el nombre de Europa y el adjetivo “europaeus”, frecuencia y uso, como he señalado, de relativa novedad para entonces. Piccolomini dedicaba su obra geográfico-histórica a Asia, objeto de un primer libro, y a Europa, materia de un segundo. Una lectura del material reunido por el autor papal nos revela bastante ignorancia de Asia, que describe yuxtaponiendo a los geógrafos clásicos, pero sobre todo una aguda conciencia del nuevo peligro que representaban los otomanos. Cuando éstos tomaron Constantinopla (1453) originaron un pánico que Pío II tuvo que administrar como cabeza de la Cristiandad latina, y hasta su muerte se empeñó en planes de Cruzada. Es entonces legítimo ver en su obra un instrumento político, entre cuyas intenciones sobresale la de estrechar los lazos de una comunidad imaginada que hasta entonces era muy laxa, Europa, a la cual incorpora como muy dudosos miembros a los hiperbóreos polacos y rusos —incluidos todos en la descripción geográfica—, al tiempo que construye como otreidad al Asia amenazada por el dominio universal de los turcos.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Hay, *Europe. the emergence of an idea* [n. 4].

<sup>8</sup> Véase la obra de Pío II en Eneas Silvio Piccolomini, *Descripción de Asia*, volumen preparado por Francisco Socas, Madrid, Alianza/Quinto Centenario/Universidad de

Esta construcción de la otredad es más visible en aquellos autores que vieron acercarse todavía más la amenaza otomana: Maquiavelo (1469-1527)—que retomó la clasificación griega entre un Asia unificada bajo el despotismo y una Europa con cantidad de unidades políticas independientes— o, bajo la sombra de Mohacs (1526), el castellano Juan Luis Vives, quien revivió la misma división que en el momento de las Guerras Médicas habían propuesto los griegos, identificando a Asia con el despotismo enemigo y a Europa con la libertad propia: Vives volvió a ver la historia como una sucesión de choques entre Asia y Europa, de cuyo lado siempre estuvo la excelencia.<sup>9</sup>

El segundo factor en la definición de Europa fue, se postula, la expansión portuguesa en el Índico posterior a 1498. Esta expansión se diferencia de la anterior por las costas occidentales de África y de la que luego se dio en América, regiones donde portugueses y castellanos se hallaron ante poblaciones “primitivas”, cuya alteridad era provisional: se podía esperar, en efecto, que se convirtieran al cristianismo y que adoptaran las formas de vida europeas. En los territorios civilizados de Asia alcanzados por Vasco da Gama y sus sucesores, en cambio, esta esperanza era vana y las viejas culturas de India o China fueron entendidas como una anti-Europa, frente a la cual la Europa se siguió definiendo. Es notable cómo en América ni castellanos ni portugueses se refirieron a sí mismos como europeos, mientras sí lo hicieron en relación con Asia: ahí están los versos de Camões, ese panegirista del imperialismo portugués, en las *Lusíadas*, “da soberba Europa navegando / imos buscando as terras apartadas”.<sup>10</sup>

De este modo, nos aseguran los estudiosos, el encuentro con las alteridades a comienzos de la época moderna hizo que el nombre de Europa quedara primera por vez fijado y cargado con una serie de atributos: se nos hace notar que el término fue sustituyendo cada vez más al de *Cristiandad*, empezando también a ser usado en las lenguas vernáculas. Los mapas más detallados dieron en mostrar los contornos de Europa, en los cuales se difundieron las leyendas que suponían a todos los pueblos europeos descendientes de Troya, correspondiendo esto en pintura con una mayor frecuencia del motivo

Sevilla, 1992, y *La Europa de mi tiempo. 1405-1458*, pról., trad., notas e índices de Francisco Socas, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1998.

<sup>9</sup> Juan Luis Vives, *De la insolidaridad de Europa y de la guerra contra el Turco* (1526), en *Obras completas*, ed. de Lorenzo Riber, Madrid, Aguilar, 1948, tomo II.

<sup>10</sup> Luis Adão da Fonseca, “La conciencia de Europa en el horizonte de la expansión portuguesa”, en Ángel Vaca Lorenzo, ed., *Europa. proyecciones y percepciones históricas*, Universidad de Salamanca, 1977. pp. 133-147.

del Rapto de Europa y sobre todo con la citada personificación de los continentes por obra de Cesare Ripa. Y en el pensamiento político fue ganando terreno la idea hasta entonces casi insólita de una Europa superior en carácter bélico, sistema político, población, fertilidad y cultivos.

### 3. *Europa y las alteridades internas*

Las líneas de evolución semántica hasta aquí reseñadas han sido seguidas con todo cuidado por varios autores y la idea de una influencia decisiva de la alteridad para el nacimiento simbólico de Europa es convincente por motivos cronológicos y por abundantísimos correlatos. Sin embargo, como es necesario justificar algunos condicionales que hasta ahora he entremezclado en el texto, debo añadir que no necesariamente refiero esta alteridad a territorios extraeuropeos: el citado Denys Hay había mostrado que la idea de Europa ya estaba asentada en autores del siglo XIV, antes del choque con turcos o chinos.

Para entender esta precocidad podemos retomar con confianza el planteamiento de Robert Bartlett, quien ha seguido la expansión conquistadora —en sentido militar, cultural y poblacional— del área de la Cristiandad latina en la Edad Media. Esta Cristiandad, caracterizada por la obediencia al papa y la liturgia romana, estaba al principio confinada a un área mínima, las “tres praestantiores Europae species”, Italia, Galicia y Germania, que conformaban el imperio de Carlomagno (que con gala de prestidigitación los eurócratas actuales reivindicaban como padre), para luego avanzar sobre territorios de otras cristiandades —la griega, la irlandesa, la mozárabe—, del islam o de distintos paganismos (último el de los lituanos, convertidos en 1386). El avance implicó una extensión de las formas feudales y caballerescas, del cultivo cerealero, de modelos de asentamiento urbano, de grandes lenguas de cultura (italiano en el Mediterráneo, alemán en el este europeo, inglés en Irlanda, limitándonos a las mayores) y de un conjunto de otros rasgos (onomástica, santoral, acuñación monetaria, formulismos jurídicos). Para el siglo XIV dicho proceso, que Bartlett llama la “europeización de Europa”, resultó en una unidad cultural que no existía en época carolingia y en la correspondiente conciencia de unidad.<sup>11</sup>

Parece entonces lícito pensar que fue este encuentro con cantidad de alteridades internas, simbólicamente asimiladas unas a otras y

<sup>11</sup> Robert Bartlett, *The making of Europe: conquest, colonization and cultural change 950-1350*, Princeton NJ, Princeton University Press, 1993

reducidas a pocos nombres y pocos rasgos negativos, el primer conformador del concepto de Europa: antes de los turcos, indios o chinos, fueron los mozárabes, baltos o irlandeses quienes sufrieron una etnografía de la reducción, simplificación y negación. Este sometimiento simbólico estuvo muy ligado a un sometimiento material —que las alteridades externas no siempre conocieron— realizado por una red internacional de élites identificadas con un sistema feudal de vigorosa expansión. El concepto de una cultura peculiarmente “europea” que no era coextensiva con el cristianismo se fue asentando como cosa natural, aunque dos precisiones se hacen necesarias.

En primer lugar, podemos dudar que aquella comunidad imaginada suscitara lealtades multitudinarias: al parecer sólo era expresión de la unidad de las élites feudales, con escasísimos y aislados creyentes. Además, el término *Europa*, que llegó a sintetizar ese sentimiento de comunidad, se fue extendiendo cuando había empezado a frenarse el movimiento de expansión y asimilación: la Peste Negra de 1348 y la reacción islámica significaron un freno; luego, los nuevos procesos asociados con los comienzos de la modernidad acarrearón divisiones que no se habían previsto. La Europa oriental no sólo era conquistada militarmente por los otomanos, sino que aun la independiente Polonia-Lituania se veía influida por la cultura turca. La Cristiandad latina era dividida en dos y luego en mil pedazos por la Reforma. Las lenguas nacionales sustituían al latín en la imprenta y la poesía, iniciando un movimiento centrífugo, los sometidos eslavos creaban sus literaturas, los irlandeses se rebelaban.

El nombre de Europa conocía su primer auge cuando la realidad que lo había hecho emerger se estaba desvaneciendo. Una prosopopeya de Europa, en la pluma de Andrés Laguna (1543) se lamentaba: “Ay de mí, que di a luz a una prole peor que las víboras, por la cual, en fin de cuentas, había de ser destrozada y despedazada; concebí a quienes habían de destrozarme mis entrañas; engendré a quienes me pisotearan; amamanté a quienes me desgarraran; acuné en mi regazo a quienes chuparan mi sangre”.<sup>12</sup>

#### 4. El Occidente

TRAS este eclipse, el nombre de Europa concentró su uso en las regiones septentrionales: los publicistas ingleses u holandeses acudieron a él para

---

<sup>12</sup> Andrés Laguna, *Discurso sobre Europa*, citado en Ricardo García Cárcel, *La leyenda negra. historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992, p. 22.

oponer su causa a la de las monarquías católicas del sur, que por su parte estaban volviendo a las viejas identificaciones religiosas: Carlos V era emperador cristiano antes que europeo.

Debe destacarse que estos publicistas escribían en el entorno de la vigorosa expansión marítima, con lo cual se estaba acumulando ingente cantidad de información sobre las anti-Europas asiáticas, al tiempo que se clonaban comunidades “europeas” más allá de los mares. Por ello aumentó la información etnográfica para contrastar y el área identificada como propia dejaba de ser europea con la evidencia de antes: si los americanos del norte avanzaban por caminos familiares, de otras áreas se disputaba la europeidad: África empezaba en los Pirineos, se dijo en el mismo momento en que los españoles, en América sobre todo, empezaron a hablar de sí mismos como europeos. Turquía comenzaba en cierta calle de Viena, en opinión de Metternich aunque el geógrafo cortesano Vasilii Tatichév había desplazado en 1730 la frontera de Europa hacia el este para que así los rusos resultaran miembros plenos de ella (empresa que hoy conoce imitadores).

Todo esto favoreció el nacimiento de un nuevo nombre destinado a amplia fortuna, el de Occidente. Fuera de algunos precedentes insólitos, el mismo aparece en autores franceses del siglo xvii con algo del significado no geográfico sino cultural que después fue corriente. He encontrado que ya Boulainvilliers en 1728 hablaba indiscutiblemente de Occidente, y en un texto significativo: una elogiada vida de Mahoma.

El nombre hizo carrera, aunque no fulminante; entre otras cosas, servía como antónimo de un concepto que tenía larga tradición en el imaginario europeo, el del Oriente. La empresa de hacer explícitos los rasgos negativos de este último, y como contrapartida elevar los positivos de Occidente, no podía ser más grata y hubo un largo periodo, los siglos xvii y sobre todo el xviii, de regocijada glosa, que se fue acelerando durante el siglo xix para preparar la aceptación general a partir de la época de entreguerras: en Alemania la obra de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente* (1917) le abrió curso, en el mundo anglosajón fue la preeminencia de Estados Unidos.

Después de la segunda Guerra Mundial el nombre gozaba de una aceptación razonable, y hubo un elemento más que se le añadió: la muy antigua asimilación de Rusia con el Asia, en parte justificada y no desdeñada por abundantes rusos, renació en la Guerra Fría cuando la prensa empezó a referirse al bloque soviético como el Este, y al bloque encabezado por Estados Unidos (cuando no se lo llamaba Mundo Libre) como el Occidente. La ubicación geográfica sólo en parte explica los nombres: más revelador resulta comprobar cómo la nueva acepción

permitía que Occidente se volviera más Occidente y el bloque soviético asumiera las características negativas achacadas hasta entonces al Oriente.

Para quien un poco frecuente la literatura que culminó con la Guerra Fría, escasa duda cabe sobre una profunda convicción, a veces resignada pero en general triunfalista, que expresaban los afortunados con la capacidad de hacer oír su voz o leer su letra: la convicción que, situadas ante Occidente, las demás culturas estaban destinadas a someterse y convertirse, para bien propio, claro está. Desde las orillas de América Latina se proclamaban las credenciales de occidentalidad, desde África y aun Medio Oriente se veía cercana la hora de la plena incorporación; Japón era ya un “país occidentalizado”.

Hoy podemos ver, con sabiduría posterior, que esta insistencia en la inevitable conversión de todas las gentes al llamado del Occidente (semejante frase no es una caricatura demasiado extremada de los usos que entonces se hacían) coincidía con muchas señales —poco visibles entonces— de que la realidad parecía buscar tercamente otros caminos.

### 5. *La desaparición del Occidente*

YA es cada vez más evidente que el horizonte entonces contemplado se ha cubierto de nubes. En algunas regiones más rápidamente que en otras, los grupos identificados con Occidente van menguando su número o influencia. Si buscamos un poco en detalle, vemos que estos grupos no habían sido numerosos. Como en el caso de la vieja lealtad a la idea de Europa, se trató de una red transnacional, las élites comprometidas con alguna de las versiones, capitalistas o socialistas, que de la modernidad se ofrecían. Frente a las “sociedades tradicionales” (o premodernas, o preindustriales o algún otro *pre*), especie de nuevas alteridades internas al estilo de baltos o irlandeses, las élites encaramadas en la política, la economía, la diplomacia, el ejército y la cultura de los países pobres o marginales tuvieron que dedicarse al oficio de proclamar sus valores occidentales, ocultar a sus pueblos, disfrazarlos, o en el mejor de los casos excusarlos, prometiendo que pronto dejarían de ser lo que eran, que pronto se asimilarían a los seres humanos por excelencia. Recordemos que fueron estas élites las mismas que durante las tres décadas de crecimiento de la economía mundial posteriores a 1945 se dedicaron a una alegre explotación de poblaciones y de recursos. Y tuvieron tan hábil manejo de la cultura que pudieron



convencer a ese informe grupo de miserables que se dio en llamar las “clases medias” de los países pobres.

Claro que la expansión terminó como tenía que terminar, y los pueblos se agitaron, y los políticos cultos y prudentes, y hasta sus mujeres políglotas, fueron desplazados por demagogos que carecían de la moderación que los identificaba con Occidente. En la India se dijeron horribles cosas, en el mundo islámico fueron peores, aparecieron argumentos insólitos en boca de pieles rojas y afroamericanos, en Sudáfrica los negros se mezclaron al poder, hasta en Israel los ashkenazies eran desplazados por los burdos sefardíes y *mizrahim*, que en vez de escuchar a Mendelssohn ven telenovelas árabes, y los japoneses, sin la excusa de la miseria y el resentimiento, renegaban de quienes los habían hecho prósperos y dichosos.

Incluso América Latina, a pesar de su eterna alienación cultural, veía que los regímenes oligárquicos se tambaleaban, que para bien o para mal llegaban al poder individuos de orígenes y hasta color humilde: los árabes Carlos Menem y Abdallah Bucaram, el japonés Alberto Fujimori, el mulato Hugo Chávez. Los pensadores tuvieron que decir la suya, y a la posmodernidad de los países centrales, al poscolonialismo de la India y al postorientalismo de Edward Said les nació un hermanito latinoamericano: el postoccidentalismo.<sup>13</sup>

No sólo perdía integrantes; el Occidente se iba quebrando internamente. Como alianza militar fue después de la agresión estadounidenses a Iraq en 2003. Los europeos empezaban otra vez a decir que eran europeos; y algunos que eranceltas, etruscos, ugrofinicos.

## 6. ¿Existen las civilizaciones?

Síntoma prominente, por la difusión que ha tenido, de este abandono de la identificación con Occidente ha sido la obra de Samuel Huntington *El choque de civilizaciones*.<sup>14</sup> Si una parte valiosa encuentro en tal obra es ese capítulo inicial donde trasluce el conocimiento de primera

<sup>13</sup> Walter D. Mignolo, “Posoccidentalismo: el argumento desde América Latina”, *Cuadernos Americanos*, 67 (1998), pp. 143-165. Sobre la cuestión de la pertenencia de “América Latina a Occidente” hay muchísimas lecturas, véase Roberto Fernández Retamar, “América Latina y el trasfondo de Occidente”, en Leopoldo Zea, coord., *América Latina en sus ideas*, México, UNESCO/FCE, 1986, pp. 300-330 (útil, pero escrito antes que los hechos deshicieran las ilusiones del Partido Unico en Cuba). Yo mismo he tratado de resumir la cuestión en “América Latina: al final del Occidente”, *Revista de Occidente*, núm. 263 (abril del 2003), pp. 52-64.

<sup>14</sup> *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, México, Paidós, 1997.

mano adquirido por el académico de Harvard y consultor de gobiernos e instituciones sobre el cambiante perfil de las generaciones universitarias: los contados próceres pertenecientes a esas élites frecuentadoras del Occidente son paulatinamente arrinconados por muchedumbres que los conocen menos, o más fabulosamente, a través de resúmenes, de ínfima literatura, de versiones tendenciosas, de series de televisión. Pero compensan la escasez de datos con la mucho mayor cercanía a unos públicos que buscan una visión confortante y reconocible; y ésta sólo puede serles expresada en sus propios términos culturales. Un nuevo saber plebeyo y centrífugo que ha sido posible por una larga labor de exégesis, acelerada en los últimos años gracias a nuevos o renovados senderos hacia la información: universidades, prensas o intelectuales locales que reviven o recrean tradiciones; y la Internet, que no puede estar enteramente dominada por un único poder.

El empuje hacia la unidad cultural de la ecumene ha sido sustituido por un movimiento hacia el caos, opinan los nostálgicos. La realidad es más compleja: Yihad vs McWorld —como resume un ensayo de Benjamin Barber que ha ganado injustamente menor difusión que el de Huntington—, es decir el nacimiento, a partir de las tendencias centrípetas de la economía, de reacciones centrífugas en lo cultural.

No son novedad estas tendencias centrífugas: siempre han estado allá, silenciosas, y la ilusión de una homogeneidad bajo el signo de Occidente derivaba de la muy selectiva lista de voces con posibilidad de expresarse, voces que pertenecían a socios mayores o menores de un sistema mundial de poder. Pese a las apariencias, ese poder hoy se ha resquebrajado: tiene que acudir a la imposición lisa y llana de su músculo económico y militar y ha perdido, como Huntington, la esperanza proselitista que animó a legión de antecesores.

Los que todavía proclaman a voz en cuello su pertenencia a un Occidente de valores superiores —estirpe de rabiadores extrañamente parecidos a otros fundamentalistas— dicen, también a voz en cuello, que no todos pueden entrar a ese selecto cenáculo, a esa civilización bendecida por la historia. *Corsi e ricorsi*: antes de indagar a qué civilización pertenecen, pertenecemos o pertenecemos, hay que recordar cómo, por debajo de estas preguntas, fluye un viejo sofisma explicativo típico de la ciencia europea: la eliminación de alteridades con el fin de clasificar a los multiformes grupos humanos en entidades llamadas “civilizaciones”, poseedoras de un “estilo” propio. Antes Europa, ahora Occidente; por más que pienso no las puedo comprobar más que como disfraces del poder.